

## ESPAÑA, PIEDRA DE CONTRADICCIÓN

Nuevamente, España ha sido el centro de interés de la prensa y la radio extranjeras. Con ocasión de unos problemas laborales, no más graves—y, desde luego, de menor extensión—que los que simultáneamente ocurrían en Francia, Italia, Inglaterra y la República Federal Alemana, se ha articulado una campaña virulenta contra el régimen español y se han movilizado todos los fantasmas de la guerra civil. Desde Radio Praga, «la voz del exilio» tomó el rábano por las hojas y se dedicó a proclamar a los cuatro vientos todos los manidos «slogans» con que las organizaciones que se titulan izquierdistas, aunque acaban en el comunismo, vienen aturdiendo los oídos del mundo, desde el año 1936. De un mero conflicto laboral, como tantos que a diario suceden en los países desde los que se levanta la vocinglería contra España, y cuyos planteamiento y desarrollo revelan la madurez de nuestra ascendencia económica, se ha querido hacer poco menos que una manifestación revolucionaria. La verdad es que a pesar de la intromisión de factores extraños en el conflicto la cosa no habría pasado de ser uno de tantos problemas transitorios que plantea la vida, y la vida—con sus mecanismos de acción y reacción—se encarga de resolver.

Si de lo que se trataba era de provocar decisiones drásticas que lograsen sacar de quicio los hechos, el intento les ha fallado a los desaprensivos politizadores del minúsculo conflicto laboral. No ha habido víctimas y ni siquiera disturbios. Todo el conflicto transcurrió pacíficamente y se resolvió de modo amigable entre los obreros, las empresas y el Estado. No sucedió lo mismo ciertamente con el conflicto huelguístico que por esas fechas se desarrollaba en Italia; esto debiera servir para que la prensa de este país, que tanto sensacionalismo tendencioso y mentiroso puso en exagerar nuestras pequeñas diferencias laborales, aprendiera a comedirse y atenerse a los hechos, dejando aparte el bulo y la bilis. Y lo decimos muy especialmente por periódicos como *Unitá*, *Paese Sera*, *Il Giorno* y hasta el democristiano *Il*

*Popolo*. A cada cual, lo suyo. En honor a la verdad, la prensa anglosajona, por sus principales órganos—*The Times*, de Londres; *The New York Times*, etcétera—, supo ver lo que en nuestros conflictos laborales había de tales y lo que de pasión y de intriga politizante ponían sus animadores, so pretexto de apoyo a un movimiento liberal, pero en realidad para ver de pescar, en río revuelto, la oportunidad de organizar, a escala mundial, una nueva campaña antiespañola. Afortunadamente, la prensa y la radio solventes y serias así lo comprendieron pronto, y no se prestaron al juego de quienes, tras las primeras clarinadas, deslizaron su propósito de crear un Frente Popular, bien que disimulándolo bajo el eufemismo de «Unión de fuerzas democráticas».

La situación quedó correctamente enjuiciada por el propio Jefe del Estado español en las declaraciones que hizo para la U.P.I. Franco calificó las huelgas españolas de fenómenos propios del crecimiento. Y en el discurso ante los 10.000 alféreces provisionales supervivientes de la guerra de 1936-1939, el Jefe del Estado sintetizó así su postura ante el conflicto: «Dada nuestra fortaleza, no es malo que surjan problemas que pongan a prueba nuestros sistemas y nos permitan perfeccionar nuestros instrumentos.» Y de cara al reto comunista: «somos el país donde con nuestro esfuerzo, el comunismo ha sido por primera vez derrotado». Y poniendo el dedo en la llaga del resentimiento que merodea por esos mundos, mascando la hiel del descalabro: «En esta orquestación de adversarios lleva la dirección la Rusia de los soviets, que gasta centenares de millones en la propaganda radiada, en la compra y captura de agentes y en la financiación de las intrigas de sus compañeros de viaje.» Rusia lo hace así por una razón estratégica, y no porque le importe un ardite la suerte de nuestros obreros: «Constituimos el punto clave más importante de la resistencia política occidental.» Efectivamente, si España fuese dominada por el comunismo—como lo habría sido sin la victoria de las armas nacionales y como lo sería sin la firmeza del régimen actual que Franco preside—, ¿qué suerte iban a correr los países del Magreb, tan minados por la miseria y la discordia? Y mirando hacia América, ¿qué efecto más fulminante no iban a tener las propagandas hechas desde una España roja, con agentes de la misma raza, del mismo idioma y de la misma psicología? No hay más que pensar en lo que está haciendo desde Cuba Fidel Castro... Pero Europa puede estar tranquila, a pesar de sus pseudodemócratas. En España se mantienen tensos los resortes de la vigilancia. Franco, en su aludido discurso, ha tranquilizado a los asustadizos, que quizá por esos mundos se alarmaban ante la eventualidad de un

resquebrajamiento español: «Si las escaramuzas pueden conmover otras estructuras políticas, débiles y vacilantes, no afectan a nuestra salud política.» Respecto del futuro, Franco ha dicho: «Detrás de mí, todo queda bien atado y garantizado por la voluntad de la gran mayoría de los españoles... y por la guardia fiel e insuperable de nuestros ejércitos», que por cierto han puesto bien claro en el Desfile de la Victoria del día 3 de junio, una brillante y ágil disciplina y la posesión y el manejo de unas armas modernísimas.

No deja de ser muy significativo, en relación con la campaña de infundios contra España, el regodeo con que en ciertos países que en el turismo tienen una de sus más saneadas fuentes de ingresos, se ha explotado la eventualidad de que nuestros conflictos laborales desembocaran en actos de violencia. Hasta se llegó a presionar la voluntad de algunos grupos de turistas para que desistieran de su viaje a España. Recordemos que el año pasado el número de extranjeros que pasaron en nuestro país las vacaciones se acercó a los nueve millones. Y las trazas son de que esa cifra será rebasada en este año, pues el sol de España y los módicos precios de nuestro comercio y de nuestros hoteles son un poderoso aliciente. Quizá, por eso, se trata de entorpecer esa corriente turística, promoviendo aquí un proceso inflacionario y una situación de alarma e inseguridad. Otra corriente que hacia España se está canalizando, de un tiempo a esta parte, parece molestar a los adversarios de la paz española: aludimos a la afluencia creciente de capital extranjero para financiar programas industriales, agrarios y turísticos en nuestra patria. No sólo se debe a la política—aunque sea política de la peor—la campaña que, de tiempo en tiempo, se recrudece contra nosotros; juega también en la conjura sus sucios naipes la especulación económica. El momento de la economía española es tal, que una coordinada corriente de inversiones exteriores puede proyectarnos resueltamente por la vía del pleno desarrollo. Así lo ven los economistas más solventes de Europa y Norteamérica. En el *Boletín del Ministerio de Comercio*, de Inglaterra, se ha escrito esta justa valoración de nuestras necesidades: «Un país con una creciente necesidad de equipo capital para sus acerías, sus centrales eléctricas, sus fábricas químicas, refinerías de petróleo, puertos y astilleros, fábricas de vehículos automóviles y otras industrias.» En consecuencia, dicho Boletín recomienda a los industriales y financieros británicos que participen con sus capitales en las empresas españolas, a la vez que lamenta que la competencia americana y europea haya sido mucho más activa en ese sentido. El *Journal of Commerce*, de Nueva York, acaba de decir en su primera página: «El rápido ritmo de desarrollo, caracteriza-

do por un creciente vigor económico..., es de interés para las potenciales inversiones de los Estados Unidos en España.» Y ese mismo periódico ha comentado con elogio las recientes normas dadas por el Gobierno español para facilitar el aflujo de capitales extranjeros. También el *Journal of Commerce* ha interpretado correctamente los conflictos laborales de España como «acompañamiento inevitable» del programa económico de estabilización y desarrollo, y hasta como «prueba de alza en las condiciones económicas de España». Y respecto a nuestro futuro, el *Journal of Commerce* estampa esta previsión: «Sus actuales reservas de 950 millones de dólares, de los cuales sólo el uno por ciento es exigido por deudas exteriores, conceden a España situación excelente para buscar capitales fuera del país.»

Se ve, pues, que la opinión seria, la que se gobierna por la justa apreciación de las realidades y no por enconos políticos ni prejuicios ideológicos, valora de modo muy positivo las posibilidades españolas. Tanto más, cuanto hoy van prevaleciendo en el mundo unos principios transnacionalistas que están en la base de nuestra mejor historia y forman el substrato de la conciencia popular española: igualdad de los hombres y los pueblos ante la ley divina, sin privilegios para el color de la piel ni para la riqueza; subordinación del éxito a una moral eterna; prevalencia del orden del espíritu sobre la fuerza bruta de los hechos económicos. A España, en esta coyuntura continentalizadora de los problemas como de las soluciones y las estructuras, se le abre un horizonte propio. Se le vienen encima las oportunidades con que soñó y por las cuales, en sus tiempos de capitania política, se desangró heroicamente. Se habla de una Europa unida; ¿y qué país más preparado para comprender ese objetivo que España, protagonista un día, a costa de su sacrificio, del intento de unidad europea? Por eso, con ocasión de inaugurarse en la Plaza de la Armería, de Madrid, recientemente, una estatua a Felipe II—el difamado por la leyenda antiespañola—, ha podido decir el alcalde de nuestra capital: «En esta hora en que la unidad de Europa es una preocupación... de todos e indudablemente una necesidad, queremos recordar que don Felipe fué un gran europeísta, que su ilusión fué llegar, por medio de alianzas y tratados, a la unidad de Europa, con un claro espíritu ecuménico y sin afanes de hegemonía nacionalista.»

Esta tensión española hacia la universidad constituye ley determinante de nuestra conducta política. Es la que la mueve a ejercer en todos los trances el papel de puente de cultura, pueblos y razas. Y los hombres sensibles a las corrientes de la historia así lo reconocen. Con motivo de la toma de posesión del presidente de Costa Rica, señor Orlich, nuestro ministro de

Asuntos Exteriores, señor Castiella, que llevaba al país hermano el abrazo español, hubo de complacerse en escuchar cómo el nuevo presidente proclamaba su voluntad de vinculación a la Europa occidental y a España especialmente. A lo que el señor Castiella respondió—en un acto celebrado en la Casa Española—que para este mundo aquejado de crisis profundas, son una esperanza «las reservas espirituales de los pueblos hispánicos, los cuales... deben afrontar los problemas de la hora presente en una fecunda proyección hacia el futuro». Y el nuevo ministro costarricense de Asuntos Exteriores, señor Odúber, en audiencia dada colectivamente al Cuerpo diplomático, ha afirmado el propósito de «incrementar las relaciones de su país con los países de la Europa occidental y particularmente y de modo muy especial con España, que es—dijo—fuente de nuestro ser y nuestra cultura». La presencia de España se hace de día en día más entrañable en la América que su genio alumbró para la cultura y el orden cristiano. A un sentido de íntima cooperación interhispánica obedecen las crecientes relaciones de todo orden que se van trabando entre España y los países iberoamericanos. Acaba de ser inaugurada en la Ciudad Universitaria de Madrid: la Casa del Brasil. Es una hermosa muestra del modernísimo estilo arquitectónico que en Brasilia ha concretado sus módulos. Acogerá, como Colegio Mayor, a los muchos estudiantes brasileños que cursan carreras en nuestros centros docentes. En la inauguración pronunció el rector de la Universidad de Río de Janeiro, don Pedro Calmón, estas sustanciosas palabras: «Coimbra y Salamanca han sido las dos Universidades hermanas, que irradiaron su luz sobre Brasil e Hispanoamérica, sentando los fundamentos de un tipo particular de Estado y desenvolvimiento social.» El señor Calmón expresó la esperanza de que las sucesivas promociones de estudiantes brasileños formados en la Universidad de Madrid, contribuyan a que Brasil siga siendo «una parcela de hombres que luchan y defienden la dignidad humana y quieren poner los fundamentos de un mundo mejor».

No sólo mira España hacia Europa y América; también tiene los ojos abiertos hacia el mundo árabe, tan entrañablemente ligado a nuestra cultura y a nuestra sangre. Por ello, nuestro ministro de Asuntos Exteriores, señor Castiella, en el viaje que ha hecho a la Arabia Saudí, pudo decir con toda convicción en Yedda: «Al entrar en contacto directo con la geografía y el pueblo de Arabia, me he vuelto a encontrar con nombres, con recuerdos y con rasgos de carácter que también pertenecen al pasado de mi propio país y que me prueban una vez más la profundidad de las vinculaciones históricas que nos unen.» Por otra parte, añadió el señor Castiella, «los intereses de

la Arabia Saudí, como en general los de los pueblos del mundo árabe, no son contrarios a los intereses de España y ello es un factor evidentemente positivo en el camino de nuestra colaboración». La cual no ha de quedar reducida al plano puramente cultural, sino que tiene amplias posibilidades en el plano de los intercambios comerciales.

En muchos aspectos abundan los hechos que, un tiempo acá, confirman el creciente auge de los valores españoles en el mundo y muy concretamente en el ámbito de la cuenca del Mediterráneo, donde nuestras naves llevan y traen carga de mercancías que nos relacionan de modo vivo y práctico con los pueblos asentados en sus riberas. Pero no queremos dar cabo a este comentario sin referirnos al cordial entendimiento que nos liga con la Santa Sede y que ha tenido ocasión de manifestarse, en forma muy indubitable, con motivo de despedirse de nosotros el que ha sido Nuncio tantos años en Madrid, obligado a marcharse por su ascenso merecido a la dignidad cardenalicia. Monseñor Hildebrando Antoniutti—«dos veces representante de la Santa Sede en España, una cuando el dolor de nuestro martirio y otra en la hora de nuestro resurgimiento»—como hubo de notar el señor Castiella, ministro de Asuntos Exteriores, es persona que se ha hecho acreedora a la gratitud de nuestros corazones. Entre otras razones, como delicadamente apuntó el señor Castiella en el homenaje de despedida, porque monseñor Antoniutti ha «sufrido *propter nomen Hispaniae*». A lo que Su Eminencia el Cardenal Antoniutti respondió que, cuando «hace ahora 25 años», en plena guerra, entró en España, la impresión que tuvo «fué la de un pueblo lleno de virilidad que luchaba por Dios y por su Patria»; y al evocar su labor admirable en las dos etapas pasadas en nuestro país, monseñor Antoniutti dijo que lo hacía «con el ánimo de dar gloria a Dios, que ha protegido a España, y para rendir justo homenaje al pueblo español, que ha sabido mantenerse fiel a su vocación histórica».

*ESTUDIOS*